



Núm. 8.

EL VIOLIN ENCANTADO.

Todo el mundo me esté atento,
alargando las orejas,
de manera que los hombres
mulos manchegos parezcan;
dejen de mentir los sastres,
de presumir las mozuelas
de hilar y arrojar gargajos
las descomunales viejas;
no escupau los fumadores,
y los borrachos con flema
estén con el vaso en mano
hasta caer en la la tierra;
cesen de hablar los soldados
refiriendo en las tabernas
las batallas y combates
[illegible]llos á su salvo inventan;
[illegible]ores de naipes
dejen las barajas quietas,
no sacando vaticinios
de las vanas apariencias;
los loteros cavilosos
no miren á las estrellas,
y de ambo y terno se olviden
y las cábalas suspendan;
en fin, repito me estén
todas las almas atentas
y de hito en hito escuchando
con sentidos y potencias.
Y suponiendo se preste
á mi mandato obediencia,
empiezo mi relacion,
diciendo como en Ginebra
servia á un amo muy chusco
un mozo bastante bestia;

y á los tres años cumplidos
que en su servicio se emplea,
le pidió el criado al amo
de su salario la cuenta:
el amo se la ajustó
y le dió por recompensa
de cada año un escudo
sin que algo mas se estendiera.
El gran simplon del sirviente
sin más despegar la lengua,
se contentó de la paga
que la creyó muy completa,
y él, se decia a sí mismo
con extrema complacencia:
¿Qué más puedo desear
que la presente riqueza?
Ya no quiero trabajar,
pues tres escudos que cuenta
mi bolsillo, poseer
es una fortuna inmensa.
Me voy á correr el mundo
y á divertirme sin rienda,
que un candal de tres escudos
para todo tiene fuerzas.
Esto dicho tomo el cosque,
y a salga lo que saliera,
sin direccion ni destino
tomó la primera senda,
á poco rato de andar
atravesando una selva
cantando camo un jilguero
de contento el alma llena,
héte aquí que al lado suyo
un enano se presenta;
de tan extraña figura
que al demonio se asemeja
y le pregunta la causa
de aquel placer que demuestra.
El ginebrino responde:
¿Cómo he de tener tristeza
cuando tengo un gran bolsillo
atestado de monedas?
El salario de tres años
lo tengo en mi faltriquera
que compone tres escudos,
suma que no tiene cuenta.
¡Ah! dijo al punto el enano,
si yo tal suma tuviera
un poderoso sería
y saldria de miserias.
Si esa suma darme quieres
yo te otorgaré por ella
las tres gracias que me pidas,
las que en cualquiera ocurrencia
te sacarán bien de todos
los lances en que tu veas.
—Pues si eso todo es así,
respondió el patan con flema,
tó nadia pues, y le dio
toda la suma completa.
El enano agradecido
a dádiva tan ingénua
le dijo:—Tu proceder
merece una recompensa;
y así díme las tres cosas
que en este mundo deseas,
y las verás concedidas
sin que falte ni una letra.
El patan se alegró mucho
y su contento renueva
y restregando mil veces
su gran frente y sus melenas,
al fin dijo:—Pues amigo,
yo solamente quisiera
un arco muy poderoso
con su bordon y ballesta,
que al objeto que apuntara
precisamente le diera
tambien quisiera un violin
que, al tocarlo yo, le hiciera
bailar á toditos cuantos
mis consonancias oyeran;
y por último, deseo
por la peticion postrera,
que todo lo que yo pida
al punto se me conceda.
Cuando el gañan concluyó
el enano con franqueza
le dijo:—Pues concedido,
está todo lo que ruegas;
y al punto le entregó el arco
armado con su ballesta;
le dió un violin, y le dijo
que la peticion tercera
tambien le esta concedida
pues todo cuanto pidiera
ninguno le negaria:
y el enano cual centella
desapareció a su vista,
con la mayor ligereza
Quedóse el patan contento,
no creyendo que en la tierra

mas fortuna haber pudiese
que la que él experimenta,
A poco rato de marcha
un viejo judío encuentra,
que atento miraba un árbol,
en cuyas ramas espesas,
estaba un ufano mirlo,
que con muy dulces cadencias,
cantaba con tanta gracia
que embelesaba la idea.
—¡Que ave tan primorosa!
decia el judío, ¿que lengua
imitar podrá el acento
conque este animal se expresa?
¡Cualquiera cosa daria,
por poder yo poseerla!
¿No es más que eso? el patan dijo,
pues ya podeis ir por ella;
y apuntando con su arco
el mirlo cayo en la tierra.
El usurero judío
se metió por la alameda
para recojer el mirlo,
que ansiaba con tanta fuerza,
y sacando el ginebrino
su violin con ligereza
empezó a tocar mil sones
de muy distintas maneras:
al punto el viejo usurero,
á pesar de su torpeza
empezó a bailar de modo
que se quebraba las piernas.
Tanto brincaba y saltaba
en medio de la maleza
que deshizo los espinos
y hasta hizo polvo las piedras;
se desgarró los vestidos
y gritaba, ya sin fuerza:
—Señor músico ya basta,
porque el demonio me lleva;
de ese maldito violin
callad el son de sus cuerdas
pues que se me sale el alma
haciendo tantas corvetas.
Y el patan le respondia
tocando con mayor priesa:
—Pues que desollaste a tantos
justo es que tu piel perezca...
Viendo el pícaro judío,
que iba a perecer por fuerza
enmedio de sus respingos,
vaivenes y zapatetas,
dijo con trémula voz,
que si paraba la fiesta
le ofrecia cien florines
porque cesara la gresca.
Enternecido el patan
aceptó la dicha oferta;
cesó el violin, y cesaron
las cabriolas violentas;
el usurero quedó
más blando que una manteca,
y entregó sus cien florines,
que era toda su riqueza.
Separaronse y al punto,
fué el judio con presteza,
á un juez y la queja expuso
del lance que dicho queda:
dió las señas del patan
y con mayor evidencia
del condenado violin
que á tanto dolor lo entrega.
Con tan seguros indicios
fué aprehendido con presteza
el patan, y presentado
al juez en comparecencia.
El usurero judío
reclama con entereza
sus cien florines, que dice
le ha robado aquel babieca.
El paleto renegaba,
diciendo que premio eran
de su música, y ajuste
que hicieron por suspenderla;
mas al fin el juez falló
arreglado a las pandectas,
y la sentencia de horca
por robo, al gañan decreta.
Humildemente escuchó
de su suerte la condena,
y estando al pié del suplicio
suplicó al juez que le oyera.
—Señor, dijo, ya que voy
á sufrir la pena impuesta,
suplico se me permita
en esta hora postrera
tocar mi triste violin,
que huerfano al fin se queda.
El usurero se opuso
con todo vigor y fuerza,
mas el juez le concedió
usando de su clemencia

y porque debia cumplirse
del enano la promesa,
y de las tres peticiones
la proposicion tercera,
que fué que lo que pidiese
todo se le concediera.
Diéronle, pues, su violin
y cuando á tocar empieza,
el juez con el escribano
y alguaciles, con gran priesa
empezaron á bailar
con una furia sin rienda.
Conforme subia los puntos,
subian á las estrellas
las forzadas cabriolas
de toda la concurrencia.
El verdugo soltó al preso,
y sobre la misma cuerda
bailaba, más que mil trompos
bailar y rodar pudieran.
El usurero judío
cabriolaba con destreza;
y ya todos destrozados,
creyendo su hora postrera,
sudando á rios y á mares,
sacando un palmo la lengua,
el juez con trémula voz
dijo al patan suspendiera
los ecos de su violin
y anulaba la sentencia,
y á más, que los cien florines
le adjudicaba por prenda.
Hízolo así, y se paró
al punto toda la gresca,
y al momento mandó el juez
que el usurero dijera
de aquel dinero el orígen
y la veráz procedencia.
El usurero al instante
confesó robados eran
y el juez decretó su muerte
sin que traslado se diera,
y en la horca del patan
al usurero lo cuelgan.
El gañan con su violin
se fué salvo y sin gabelas;
y este suceso tan raro,
es verdad, y hay que creerla,
pues lo ha noticiado al pueblo
con puntualidad extrema
el correo que ha venido
de la ciudad de Ginebra.



Depósito de aleluyas y romances.—Tabernillas, 2, pral. Madrid.